

«los santurrones te mandarán asesinar!» En efecto el viñador folletista murió asesinado, y la justicia sabe si fue disparado ó no por los devotos el tiro que le dejó sin vida. Mientras que Courier se entregaba al exceso de su charla grotesca, caía un jesuita víctima á los golpes de un fanático. Tal era el P. de Brosse, superior del pequeño seminario de Burdeos: hé aquí en que términos refiere él mismo este atentado, al escribir en el mes de mayo de 1823 á uno de sus amigos:

«Eran los eclesiásticos desde algun tiempo mucho mas insultados que antes, sobre todo en los arrabales y alrededores de París, siendo los insultos ordinariamente acompañados de amenazas. Reservábame el Señor la gracia de ser uno de los partícipes de aquella tribulacion: iba de París á Montrouge el jueves 3 de abril, á cosa como de las dos y media de la tarde, despues de haber atravesado la barrera del *Enfer*, hallándome casi á la mitad del arrabal que hay en el camino de Orleans. Reinaba la mayor tranquilidad en el barrio, cuando de repente me sentí herido en el hombro izquierdo recibiendo tan rudo golpe, que creí me habian arrojado una enorme piedra. Volvíme al instante y ví á un hombre que me perseguia con los brazos levantados y en disposicion de herirme por segunda vez con un azadon de que iba armado, cuyo mango me pareció tener de seis á ocho piés de longitud; hice un movimiento para evitar el golpe del instrumento fatal que veia levantado sobre mi cabeza, y caí sobre el parador de una revendedora de frutas desde donde fuí rodando sobre el pavimento, sin que pudiera evitar el golpe que me amenazaba y que recibí en mi hombro derecho. Volvíme entonces por segunda vez, pues que á pesar de los dos golpes y de mi caída tuve fuerzas bastantes para levantarme y huir algunos pasos, á fin de ver si aquel hombre continuaba persiguiéndome, y entonces ví á dos ó tres mujeres que se le ponian delante para detenerle. Mi primer impulso en aquel instante fue acercarme á mi perseguidor para dirigirle algunas palabras de paz y de edificacion; pero el temor de cometer una imprudencia y de exponerme temerariamente me hizo tomar el par-

«pasar cerca de mí: ¡Cuidado, cuidado, Pablo Luis, mira que los santurrones te mandarán asesinar.— Y ¿qué cuidado quieres que yo tome? le contesté. Han logrado hacer matar á algunos reyes, si bien erraron el golpe contra fray Pablo, no menos que contra otro Pablo en Venecia, y contra fray Paolo Sarpi, aunque este último de buena se libró!»

«tido de continuar mi camino, contentándome con decirle que le perdonaba de todo corazon.

«Al llegar á casa se me reconocieron todas las partes del cuerpo en que habia recibido los golpes, y se encontró que mi sotana habia sido cortada en el hombro izquierdo, pero que lo estaba mucho mas aun en el derecho, donde el instrumento habia atravesado no solamente la sotana, si que aun mas todos los vestidos interiores, y lo que es aun mas notable, hasta el cuello de carton de mi manteo. Habia penetrado el hierro hasta la carne abriendo una herida como de una pulgada de largo y de algunas líneas de profundidad; siendo evidente que á no haberme preservado del golpe el cuello de mi manteo, habria sido aquel mucho mas peligroso y hasta probablemente mortal.

«No solo descaba sinceramente que no fuese aquel crimen castigado, sino que aun quedase oculto, y si posible fuera sepultado para siempre en el olvido. Pero era muy difícil que un hecho de esta naturaleza pasase desapercibido; á mas de que no queria el Señor que quedase impune un atentado cometido en la persona de uno de sus ministros; luego se verá de qué modo ejerció su justicia contra el culpable. Hacia las doce del siguiente dia, presentóseme el comisario de policia del distrito del Observatorio, suplicándome prestara una declaracion sobre lo ocurrido el dia anterior. Despues de haberle manifestado cuánto sentia acceder á su demanda, y haberme él observado que no podia dispensarme de ello, me conformé, despues de haber obtenido que haria constar en el proceso lo siguiente: 1.º que solo hacia mi deposicion por orden de la autoridad; 2.º que no queria se hiciese gestion alguna en mi nombre; 3.º que perdonaba de todo corazon al agresor.

«Entonces me refirió el comisario de qué modo habia llegado el hecho á su noticia. Díjome que aquel hombre no habia vuelto á su casa hasta las cuatro de la mañana del siguiente dia; y que habiéndose acostado, empezó á dar terribles gritos, á los que acudieron todas las personas de la casa, diciéndoles entonces que querian asesinarle, y mostrándoles en efecto la sangre que brotaba de diferentes heridas que tenia en el pecho. Avisado el comisario del barrio se trasladó inmediatamente á la casa de aquel hombre, que tambien le hizo la propia declaracion; pero conociendo luego que no se trataba de ningun asesinato que hubiese querido cometerse en su persona, puesto que no habia sido atravesada ó agujereada la

« parte del vestido que correspondía á las heridas , fácil fue conven-
« cerse de que no era asesinato sino un suicidio frustrado el hecho
« que acababa de tener lugar. Sin duda el temor de caer en manos
« de la justicia le habia inducido á cometer aquel nuevo crimen , co-
« mo se supo despues por haberlo confiado á uno de sus hijos , así
« como el atentado de la víspera ¹ , y haberlo declarado este al comi-
« sario. Llamóse en seguida un cirujano , el cual declaró no parecer-
« le mortales las heridas ; pero se engañó en su cálculo : el Señor ha-
« bia ya emplazado , por decirlo así , al reo ante su temible tribunal.

« Despues de haber demostrado los cuidados que la Providencia se
« toma para con aquellos que se consagran á su servicio , mandando,
« segun su promesa , á los Ángeles que devolvieran los golpes mor-
« tales á aquel que me los dirigia ; quiso luego dar un ejemplo ter-
« rible de su justicia contra los perseguidores de sus ministros. Á es-
« te fin dispuso se entregase el culpable á los remordimientos de su
« conciencia , siendo á la vez su acusador , su juez y su propio ver-
« dugo. No sobrevivió mas que unas veinte y cuatro horas á los ter-
« ribles golpes que se asestara. ¡ Feliz él , si supo aprovecharse de
« aquellos momentos preciosos que le concedió el Omnipotente por
« su misericordia infinita ! Se me ocultó su muerte durante algunos
« dias , comunicándoseme tan solo cuando me disponia á ir á visitar-
« le para hacerle entrar en sí. Hé aquí cuál fue la causa de su primer
« crimen : hallábase en una taberna con algunos otros operarios , en-
« tre los cuales hubo uno que dijo al verme pasar : *Hé aquí un misio-
« nero , es preciso matarle* , etc. Tal fue la causa que impulsó á aquel
« desgraciado á perseguirme : contaba ya la edad de sesenta y cinco
« años , y habia sido considerado hasta entonces como un hombre
« honrado. »

Estas son las misericordiosas palabras con que trata un jesuita al
hombre que amenazó sus dias. Semejante atentado habria debido
poner fin á las disensiones y ataques que sin cesar dirigia la prensa
liberal contra Montrouge ; pero fue todo lo contrario. Tomóse el no-
viciado aparte , así como se tomaba tambien separadamente cada

¹ Súpose despues que el asesino del P. de Brosse se hallaba en una taberna,
tratando con otros operarios de la guerra de España , la que se suponía habían
causado los discipulos del Instituto. En el momento en que el P. de Brosse
acertó á pasar por la calle , exclamó uno de los huéspedes de la taberna : « ¡ Hé
« aquí á uno de esos clerizontes ! » A cuyas palabras tomó el asesino su arma
y se lanzó á la calle.

« casa perteneciente á la Orden ; y la audacia aumentó con el resulta-
« do. Habíase acostumbrado gradualmente al pueblo que pretende
« ser el mas espiritual de la tierra á alimentarse de mentiras ; abu-
« sándose de su credulidad sin ejemplo hasta el punto de hacerle creer
« lo sublime de lo absurdo. Disponían á su albedrío los Jesuitas de los
« grandes poderes del Estado , y esa imperiosa Sociedad no se atrevió
« jamás á obligar á sus esclavos á reconocer la existencia legal del Ins-
« tituto : vivían subrepticamente y como por accidente , cuando una
« sola palabra de su boca podia derrocar el trono y mutilar la Cons-
« titucion. Nadie , sin embargo , se hizo esta reflexion ; era tan natu-
« ral que cada cual la olvidó.

Presentóse Montrouge como un inexpugnable castillo , como una
plaza de guerra circuida de fosos , flanqueada de baluartes y coro-
nada de artillería. En concepto del *Constitucional* oíase ya el fuego
horrisono de cañon que desde allá hacían cada noche los numerosos
jesuitas encerrados dentro sus muros. Allí residía con toda su corte
el General de la Compañía : profundos subterráneos ponían en co-
municacion Montrouge con las Tullerías : en una palabra , allí se se-
pultaban todos los tesoros de Francia. Erigíase allí la corrupcion en
principio ; fabricábanse armas para los turcos á la sazón en guerra
contra los helenos ; juzgábase á los ministros y diputados , á quie-
nes se castigaba ó se recompensaba segun sus actos ; y por fin allí
se destituía sin piedad á los funcionarios cuya fe fuese vacilante. Allí
se elaboraban leyes sobre la indemnidad , sobre la reduccion de ren-
tas , sobre el sacrilegio , sobre el derecho de primogenitura , sobre la
prensa y las comunidades religiosas ; avasallábase allí igualmente al
Clero , sembrándose la division entre los Obispos á fin de tenerlos á
todos bajo mano ¹ ; obligábase á los nuevos caballeros de las Reales

¹ Hemos consultado todos los documentos oficiales referentes á la Compañía
de Jesús , sin haber encontrado en ellos ningun vestigio de todas estas intrigas.
Sin embargo , una carta del P. Fortis , general de la Orden , pareceria hacer alu-
sion á algunos hechos de esta naturaleza : hé aquí lo que escribia en 17 de enero
de 1824 al P. Godinot , comunicándole su nombramiento de provincial : « Se
« me han dirigido algunas quejas sobre que diferentes de los nuestros en París
« se entrometen en asuntos que no les corresponde ; hasta se me ha dicho que
« el Arzobispo de París no estaba muy satisfecho de nosotros , por imaginarse
« que la Compañía favorece y sostiene las pretensiones del gran Limosnero que
« están en oposicion con las suyas. Si esto es así , tristes son por cierto los ser-
« vicios que prestan esos Padres al Instituto ; y es deber de V. R. aplicar inme-
« diatamente á tan gran mal un remedio firme y eficaz. » Esta y otra carta del

Órdenes á unir á su cordon azul el escapulario impuesto por los Jesuitas; predicábase una moral corrompida, y enseñábase públicamente el regicidio. Ante esas inculpaciones los convencionales de 1793 y los sucesores de la Revolucion sintiéronse poseidos de una tierna compasion para con los Reyes. Era Montrouge una palabra cabalística que heria de espanto y terror á los demagogos más feroces, los cuales levantaban el plano fantástico de aquella ciudadela para ellos inexpugnable sobre sus cajas de tomar tabaco, sobreexcitando contra aquella casa la cólera y el terror hasta la demencia. Llegó esta hasta tal punto, que un dia el P. Gury, superior del noviciado, recibió un cartel en el que le proponia un insensato batirse con él á muerte con espada ó pistola.

Merced á estas exageraciones, adquirió Montrouge una celebridad universal; y de todas partes acudian los extranjeros para visitar aquel lugar tan famoso. No obstante, despues de haberlo recorrido, quedábanse admirados del descaro de los periódicos liberales, y mucho más aun de la ciega credulidad de los que daban asenso á semejantes imposturas: aquella admiracion, empero, no pasaba los límites de un círculo particular, que en manera alguna podia desvanecer la fama y celebridad de Montrouge. Amenazas¹, advertencias y hasta súplicas y toda clase de escritos se emplearon contra aquella casa, cuyos moradores, viviendo léjos del bullicio mundanal, ignoraban quizás las injustas inculpaciones de que eran víctimas, ó deplora-

P. Richardot encargando al P. de Maccarthy que no se entrometiera en los negocios eclesiásticos de la diócesis de Strasburgo, son la única huella que hemos podido encontrar en toda esa inmensa red de supuestas intrigas que cubria toda la Iglesia de Francia al decir de los revolucionarios; y aun esa huella es más bien una advertencia ó prevencion que una realidad.

¹ Solo creemos deber citar una de aquellas cartas por cuyo contenido podrá juzgarse de las demás: está fechada y sellada en Limoges, y dice así:

«Temblad, satélites de Loyola, porque va á sonar vuestra última hora. Vil canalla, infames corruptores de la juventud, mónstruos de perfidia, temblad; porque la Francia os considera como el más temible enemigo del género humano. Hipócritas malvados, pronto caerá la supremacía de vuestro poder aplastándoos bajo sus ruinas. Raza maldita, enemigos de la patria, pereceréis sobrecargados con el peso de vuestros crímenes, y vuestro nombre será maldito por todas las generaciones futuras. Cuarenta mil defensores de nuestras libertades han jurado vuestra pérdida... Dentro cuarenta dias Montrouge ya no existirá.— Godofredo, defensor de la Constitucion.— Houvillier, amigo de la libertad.— Mironbel, amigo de la igualdad.— Gardeau, amigo de la república.— Sournilly, enemigo de los traidores.»

raban con toda la calma de sus conciencias los sangrientos ultrajes que se arrojaban á la cara del pueblo francés. Lainé, Montlosier, Portalis y Dupin perseguian el Instituto de Loyola por creerlo hostil á su ardor jansenista y á su ambicion parlamentaria: y se agruparon hajo su bandera hombres que les hicieron secretamente avergonzarse, pero que sin embargo se vieron obligados á admitirlos en sus filas.

Uno de esos auxiliares se llamaba Marcial Marcet de La Roche-Arnauld, el cual pasó algunos años en Montrouge viviendo en comunidad con los Jesuitas y disponiéndose á serlo. Renunció más tarde á esta carrera, y lanzado en medio del torbellino de París, creyó que para ponerse al nivel de las glorias constitucionales no le quedaba más recurso que calumniar á sus antiguos maestros. Ignoramos qué vergonzoso tratado medió entre ese jóven y los jefes del partido demagógico; por no deber la historia beber en tan impuros charcos. De repente apareció una obra bajo este título: *Los Jesuitas modernos, ó sea la Continuacion de la Memoria del conde de Montlosier*.

Ya desde sus primeros pasos atravesó Marcial Marcet los límites de lo posible; y esa generacion de 1826, tan orgullosa por su talento y tan hueca por sus luces, sufría el más humillante de los oprobios intelectuales. Pintaba aquel hombre á los Jesuitas con tan denigrantes colores, que por grande que sea nuestra repugnancia en citar semejantes escritos, no podemos menos de hacerlo para satisfacer á la razon pública ultrajada. Alentado el apóstata de Montrouge por el ardor del liberalismo, hacia el siguiente retrato del P. Gury:

«Su voluntad, y hasta una sola de sus miradas pueden hacer levantar mil brazos armados con puñales para asesinar á los Príncipes y destruir los imperios. Todas las provincias están infestadas «hace diez años de estos terribles esclavos, y todos los dias va su número en progresivo aumento... En una oscura habitacion de Montrouge reúnen los novicios cada ocho dias al caer la tarde «seguidos del P. Gury, al pié de las estatuas de Ignacio y Francisco Javier, para oír los misterios de la Sociedad. Cada novicio está «allí obligado á denunciar todas las faltas de sus hermanos, y á «declarar de rodillas sus gustos, sus inclinaciones, sus faltas, su «carácter y sus disposiciones respecto de la Compañía. Luego juran «todos inmolar su voluntad propia, y no omitir sacrificio alguno «para exterminar la raza de los malos y abatir á los piés de su Padre Ignacio todas las coronas del universo. Siguiendo despues á su

«Padre superior ó maestro, pisan las vanidades del mundo representadas por un rey revestido con sus adornos reales y rodeado de cetros rotos, de coronas hechas trizas y demás despojos del trono: vense á su alrededor todas las naciones del mundo cargadas de cadenas, representadas por tres animales, á saber, el toro, el león y el águila, y por un genio sublime que representa en particular las naciones de Europa.

«...De este modo se procura infiltrar el odio al mundo en aquellos jóvenes corazones pervertidos ya por el bárbaro fanatismo. Dícese asimismo, y tiembla mi pluma al escribirlo, que el Viernes Santo despues de la ceremonia de la pasion de Jesucristo, van todos los novicios á herir con un puñal la estatua de Ganganelli, al que creen condenado al fuego eterno; las de un rey de Francia y de su ministro Choiseul, así como las de Pombal y de un rey débil que dejó oprimir á la Sociedad.

«¿Quereis una idea mas del poder que ejerce el P. Gury sobre esos pobres novicios? Leed la historia del Viejo de la Montaña, y todavía encontraréis que ese Viejo de la Montaña era muy moderado en su relacion. Todo tiembla al aspecto del tirano de Montrouge; todo calla al oirse su voz: su tono profético, sus ardientes miradas, sus palabras misteriosas y su aire imperioso exaltan el espíritu de sus novicios hasta tal punto, que se atreverian á reducir á escombros el mundo todo por lograr el mérito de una rara obediencia.»

No se dignaron los Jesuitas contestar á aquel cúmulo de monstruosidades: solo sus discípulos y los amigos de la verdad, y sobre todo de la dignidad nacional, protestaron contra ellas enérgicamente. Todos los publicistas católicos procuraron recordar á la oposicion el respeto que se debía á sí misma; pero orgullosa esta por el resultado obtenido hasta entonces, léjos de cejar, continuó mas osada en su tortuosa senda. Los Príncipes temblaron á su clamoreo, los ministros y los magistrados solo la reprimieron raramente y aun á la fuerza, y los realistas, divididos como siempre, no fueron capaces de hacerla frente y lograr el triunfo que nunca por sí mismos han sabido procurarse. En presencia de aquel rudo ataque sin tregua, que será uno de los fenómenos que nunca podrá penetrar la posteridad, habia una fraccion de hombres monárquicos que léjos de defender á los Jesuitas, procuraban por el contrario hacer dirigir contra ellos todos los tiros de la prensa liberal. Sacrificábase el Instituto para sal-

var lo restante, como si en aquella cuestion y en todas no hubiesen sido los Jesuitas un firme apoyo del trono, y sus perseguidores los mas crueles enemigos de la legitimidad. Nadie, sin embargo, sospechó que fuese aquel grito dirigido contra el trono, por haber venido á ser Carlos X momentáneamente el objeto de los egoístas homenajes del liberalismo. Habia transigido ya el Monarca con la Revolucion, y, como sucede siempre, procuró esta arrancarle nuevas concesiones, arrojando á su paso algunas flores en el momento mismo en que se exaltaba hasta el delirio á la opinion contra los Jesuitas. Entonces fue cuando el *Constitucional*, en su número correspondiente al 26 de octubre de 1826, se atrevió á ensalzar la veracidad y el valor de Marcial Marcet, su corresponsal, en estos términos:

«Ya desde un principio previmos que el libro del señor abate de La Roche-Arnauld excitaria el furor de la faccion que desenmascaraba con mano tan vigorosa; y en efecto, su indignacion puede no pocas veces calificarse de cólera; tal vez un poco mas de moderacion habria producido en sus enemigos mayores resultados. También él parece ser de esta misma opinion en la carta que hoy nos remite, y en la que el modo con que se justifica añade, si cabe, nueva importancia á sus revelaciones. Por lo demás, sea cual fuere la opinion que se forme de su obra, no dejará de ser menos curiosa en su fondo, ni los hechos que en ella refiere, desafiando á los contrarios á que los refuten, menos capaces por su naturaleza de causar una profunda sensacion¹.»

¹ Arrepintiósese veinte años despues Marcial Marcet del crimen que contra el buen sentido le inspiró el liberalismo; y en 27 de abril de 1843, publicó espontáneamente una retractacion en la cual se hallan confesiones y remordimientos que no puede pasar por alto la historia: «Declaro que repruebo con la mayor buena fe todos mis escritos publicados contra los Jesuitas en 1827, 28 y 29, por ser efecto de una venganza impostora, y como tales los entrego, y los he entregado desde mucho tiempo á la reprobacion, ó mejor al olvido de todos.

«Asimismo declaro clara y terminantemente á fin de no dejar duda alguna sobre este particular, que fue solo el espíritu de partido el que me hizo tomar parte en aquel desbordamiento, de que fueron víctimas los Jesuitas, y el que me dictó los extravagantes horrores que publiqué, y á los que debí únicamente el prestigio popular de que gozaron un dia aquellas tristes producciones.

«Así, pues, publico alta y sinceramente avergonzarme de mi pasada conducta y de la poca delicadeza con que apenas salido de la Orden de los Jesuitas, en la que con la mas tierna amistad me fueron prodigados todos los cuidados, me atreví á colmarles de injurias, sin razon, sin respeto y solo por personalidades de tal modo indignas, que al recordarlo no puedo comprender cómo un

Después de semejantes bajezas no quedaba otro medio que reprimir ó amordazar la prensa, ó perecer irremisiblemente á los tiros de su falsedad y de su maledicencia. Los Borbones y el ministerio Villèle aceptaron las horcas caudinas que levantó la Revolución contra ellos. El Gabinete, al cual el vizconde de Martignac dió su nombre, pagó el legado que sus predecesores tan vergonzosamente le impusieron.

En aquel combate, cuyas consecuencias no se ocultaban á los talentos privilegiados, no dejaron los escritores independientes de cumplir con su deber ni aun en el momento mismo en que todo les abandonaba; pues no había mas que humillacion en el poder real, y desaliento en los gobernantes. Temíase desvanecer preocupaciones de origen conocido, y solo se procuraba contemporizar con las circunstancias azarosas que la impericia había creado; solo algunos grandes hombres de esos que como siempre son por su talento y constancia la admiracion de los pueblos en las épocas difíciles, se lanzaron intrépidamente al combate. Inútiles fueron los sarcasmos y todos los esfuerzos que hizo el liberalismo para contener á Bonald, Bellemaire, Picot, Saint-Chamans, Laurentie y Martainville para hacerles desistir de tomar parte en aquella lucha en que iban á exponer mas que su propia vida. También la *Gaceta de Francia* recogió denodadamente el guante que la Revolución le arrojara, peleando con irresistible lógica y sin igual talento en defensa de los Jesuitas¹. En me-

«pueblo sensato pudo solamente tolerarlas, y cómo un Gobierno prudente y fuerte dejó de castigarlas con la mayor severidad.»

¹ La *Gaceta de Francia*, partidaria á la sazón de los Jesuitas, publicó el 24 de mayo de 1828 un artículo en el que se hallan los siguientes fragmentos:

«Por fin vuestra sentencia está dada; no quereis á los Jesuitas. Esto merece algunas consideraciones en las que vamos á entrar desde luego; puede haber primeramente hombres dispersos por el mundo que observen aisladamente la regla de san Ignacio. ¿Se hace extensiva hasta ellos vuestra saña? Si es así, ¿do están la libertad civil y la libertad de conciencia? ¿Puede haber en segundo lugar hombres que se hayan unido en sociedad para vivir juntos en una casa que les pertenezca, hombres que prefiriendo la vida cenobítica y que tenga para ellos mas atractivo que todas las demás la regla de san Ignacio; hombres á quienes acomode vestir un mismo hábito, comer en la misma mesa, hacer abstinencia en los mismos dias y levantarse á la propia hora para dirigir á Dios las mismas oraciones? ¿Son acaso esos los hombres que pretendéis atacar? Si es así, ¿qué es lo que hallais reprehensible en ellos? ¿Su regla de vida? ¿qué será entonces la libertad civil? Y si son sus oraciones, ¿dónde habrá ido á parar la libertad de conciencia? — Puede haber en tercer lugar algunos hombres que hayan hecho ciertos votos religiosos, como por ejemplo

«dio de esta guerra cuyo resultado podia preverse atendido el carácter de los Ministros, vinieron los Obispos á su vez á protestar en favor de la libertad religiosa y del derecho de los padres de familia.

«los de san Ignacio, y que hayan determinado consagrar su vida á la educacion de la juventud. ¿Son estos hombres vuestros contrarios? Si es así, id con cuidado: esos hombres enseñan en los colegios que os están sometidos, y en este caso ¿quién tiene la culpa, supuesto que sea mala su educacion? En el caso de que enseñen en los establecimientos sometidos á la jurisdiccion exclusiva de los Obispos, ¿qué es lo que vosotros pretendéis? Celosos protectores de las máximas y libertades de nuestra Iglesia de Francia, ¿por qué así olvidais las franquicias del Episcopado? Ó bien finalmente instruyen esos hombres á los hijos de familia en el seno de la familia misma que se les confió, y en este caso, ¿de dónde os procede á vosotros el derecho de inmiscuirlos ni en las reglas que siguen ni en las oraciones que hacen? Pretendeis que todo sea libre en vuestro país, ¿y precisamente deberia de dejar de serlo la educacion de la juventud? Puede haber tambien otros hombres que habiendo formado una sociedad religiosa, pretendan obligaros á reconocerla, á favorecerla, á imprimirla un carácter público y civil, que no contentos de unirse cuando les plazca y con verse protegidos individualmente en su union, exijan que sea esta en general protegida, que tenga una existencia legal, que sean sus derechos aparte y sus privilegios exclusivos: ¿querréis acaso dirigiros contra ellos? Esto seria entonces muy diferente. Ya que esos hombres os solicitarian vuestra gracia, permitido os seria rechusársela; ya que os pedirian que aprobáseis su sociedad, permitido os seria igualmente negarles vuestra aprobacion. La diferencia es grande entre dejar obrar, y obrar por sí: la ley puede estar obligada á tolerar ciertas cosas sin que esté obligada á autorizarlas.— Concluso yo de esto, que si hay jesuitas dispersos por Francia, mal que os pese debeis sufrirlo; que si hay entre ellos algunos que se hayan reunido para vivir en comunidad y que no os pidan nada, es preciso conformarse á ello; que si hay algunos que enseñan la Religion y las letras en los puntos donde no pueda privarlos de ello la Universidad, es preciso sufrirlo tambien; pero que si hubiese algunos que quisieran obligaros á que les reconociéseis como Orden religioso y como cuerpo colectivo, seriais entonces dueños de rechazar sus pretensiones sin dignaros siquiera examinarlas. En cuanto á los primeros, ya se entiende: nunca es uno responsable ante la ley mas que de aquello que ha hecho, ó de lo que ha dejado de hacer, estando el deber de hacerlo terminantemente prevenido por la propia ley. A mas de que no sé que exista ninguna ley que prohiba consagrarse al servicio de Dios insiguiendo las constituciones religiosas que vosotros detestais, á pesar de ser tambien constituciones.

«Vosotros me responderéis: Subsisten órdenes y edictos que les han expulsado del reino.— Esto es muy cierto, en cuanto al Instituto y á la Orden religiosa de los Jesuitas; pero no es esto de lo que se trata aquí. Queda fuera de toda duda, como lo hemos manifestado ya, que independientemente de estos edictos y disposiciones, seria indispensable una ley para poder fundar de nuevo aquel establecimiento religioso. Pero contra el domicilio comun, contra el domicilio considerado relativamente á simples individuos que lo ocupan sin